

Modos de ser

Las aventuras de un Picasso

Ignacio Solares

En el verano de 1945, Carlos Arruza toreó una corrida en Nîmes, Francia, a la que asistió Pablo Picasso, gran aficionado a la fiesta. El apoderado de Arruza, Andrés Gago, le dijo a su torero:

—Bríndale un toro a ese pintor. Es muy famoso y te puede servir de publicidad.

Arruza se lo brindó y, por la noche, Picasso lo invitó a cenar.

Resultó que Picasso era muy amigo de un tío de Arruza, el poeta León Felipe, y le escribió una carta. Además, en una servilleta, le hizo un apunte a Arruza (un banderillero con alas de ángel) y la firmó con una breve dedicatoria.

Al regresar a México, Arruza fue a visitar a su tío y le contó la anécdota.

—¿Y dónde están la carta y la servilleta?

Arruza chasqueó los dedos.

—Las olvidé con unos carteles de la corrida en el hotel de Nîmes.

León Felipe abrió unos ojos muy redondos y subió el tono de la voz.

—¿Sabes cuánto puede valer el apunte que te hizo en esa servilleta?

—No tengo ni idea —contestó Arruza apenado.

—¡Una fortuna! Además de que me da una curiosidad inmensa lo que me haya escrito en esa carta. ¡Es el pintor más famoso del mundo y una gloria de España!

Arruza escribió al hotel de Nîmes, a ver si era posible rescatar lo que había olvidado. Le contestaron que, en efecto, había ahí un paquete a su nombre con carteles taurinos y otros papeles. Lo mandó pedir enseguida.

Pero enviaron el paquete por barco y tardó tres meses en llegar. Ahí estaban la servilleta y la carta a su tío.

Le pidió disculpas a León Felipe por haberlas olvidado y, a cambio, junto con

la carta, le regaló la servilleta. León Felipe aceptó con cierta pena, pero aceptó.

Enmarcó la servilleta y durante años la tuvo colgada en un lugar discreto de su sala, en una columna y entre otros cuadros pequeños.

Ya cuando el poeta estaba muy enfermo, lo fue a visitar Juan José Arreola a su departamento en la calle de Miguel Shultz. León Felipe presentía que iba a morir en fecha próxima y le pidió a Arreola que custodiara el dibujo. Nadie como él lo podía apreciar y devolver a la familia Arruza cuando fuera necesario.

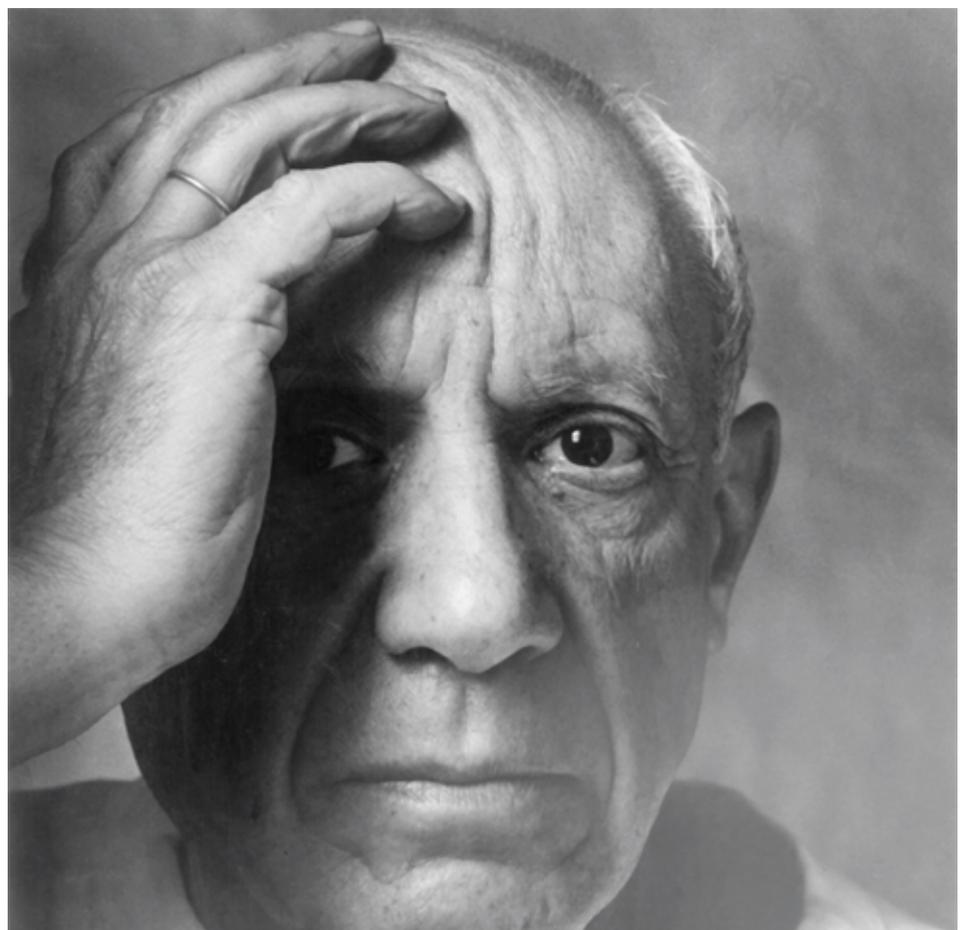
Durante años, Arreola tuvo el cuadro con él, en un lugar discreto de su recá-

mara. Hasta que algún chismoso (no faltan) le contó al hijo de Arruza, Manolo, también torero, de lo sucedido.

Manolo Arruza fue a visitar a Arreola y le pidió el cuadro, que sabía que tenía en custodia y que pertenecía a su padre.

—Por supuesto —dijo Arreola entregándoselo enseguida—. León Felipe me lo encargó porque temía que a su muerte alguien se lo pudiera robar y lo he tenido en resguardo para un día entregarlo a la familia.

—Lo vendimos y con ese solo cuadro pudimos pagar parte de la hipoteca de nuestro rancho —me contó el propio Manolo Arruza. **U**



Pablo Picasso